

Cambió de *swing*

Sealtiel Alatríste

© San Fáb



Guillermo Cabrera Infante

22 de febrero de 2005: Muere Guillermo Cabrera Infante, autor de la novela insignia Tres tristes tigres, que recuperó para la literatura el ritmo de la música caribeña.

Dice Myriam Gómez, su mujer, que esa mañana, pocas horas antes de morir, Guillermo pidió que lo dejaran oír un disco o una cinta, tal vez, con música cubana. Estaba adolorido, cansado de tanto tratamiento. Los últimos meses habían sido fatales para él. Con la salud quebrantada, el ánimo menguado y tantas visitas al hospital, no

encontraba la hebra de la vida. No podía más, dicen, y sin embargo quería escuchar un buen danzón. Últimamente había trabajado con Fernando Trueba seleccionando algo de lo mejor que se producía en Cuba, no sólo en la isla sino en esa Cuba amplia que habita en el ancho mundo. Parece que no sólo buscaba algo nuevo sino alguna que otra canción del repertorio clásico, de esas que le gustaba escuchar al protagonista de sus *Tres tristes tigres* en un rincón oscuro de un bar a la hora en que empezaba lo que en La Habana se conocía como

el “choucito”, y un grupo de parroquianos se iban reuniendo sin saberlo, sin ser conscientes del todo, bebiendo sus mojitos, sus “daiquiris” o sus mismas “cubalibres” (que también entonces tenían nombre con sabor a ilusión perdida) y alguien empezaba a cantar, uno que tenía buena voz o que al menos lo hacía con “filin”, “filin” esa manera habanera de decir los boleros que nadie más tiene. Ayudaba a Trueba, me dicen, y por eso quería escuchar un poco de música. Yo pienso que tenía otras intenciones, que simplemente quería cambiar de *swing* que



Dos parejas, una vitrola y tres cervezas, 1940

tanto medicamento lo había colmado y decidió o presintió el cambio.

Quizás el último texto que escribió (no lo sé pues Guillermo era prolífico en escritos de este tipo) se lo solicitó Andy García para presentar un disco del inmenso Cachao. Ahí recuerda que al finalizar la década de los treinta, en el año 38 para mayor precisión, a Cachao y a su hermano Orestes López se les ocurrió llevar a cabo una de las muchas metamorfosis que iba a

sufrir el danzón a lo largo del siglo, y compusieron un primer mambo —que en realidad era un danzón rápido al que llamaron Mambo— que a la postre se convirtió, como afirma Guillermo, en un “ür-mambo”, en la madre de todos los mambos por venir, digamos. Para los bailarines de danzón, acostumbrados a la cadencia suave de la contradanza cubana, donde un golpe de rodilla, un moviendo lento de cadera, hasta una mirada como

distraída sobre el hombro de la compañera, era suficiente para seguir el ritmo, el mambo debe haberles parecido una locura, pero aquella melodía lo cambió todo y la música cubana no volvió a ser lo que era. Fue eso, entre otras casualidades, lo que permitió a Pérez Prado componer esa obra maestra que se llama *Mambo a la Kenton*.

Ahora, en este último disco reseñado por Guillermo Cabrera Infante, Cachao regresa

No sé siquiera si bailaba, pero decido imaginarlo doblando la rodilla izquierda, lo veo levantar el brazo diestro y colocar la mano a la altura del hombro, o más arriba inclusive, para que Myriam, su compañera de toda la vida, venga a posar la suya ahí mismo...



En el "Lyceum", 1979



Bailadores en los Jardines de la "Tropical", 1939

al viejo *swing* del mambo, más cercano al danzón, más terso, más para decir al oído y sentir en el golpe sincopado de las rodillas de los bailarines que se levantan de la barra donde estaban sentados, en el rincón en que se lleva a cabo el "choucito", y se atreven a juntarse a la vista de los que beben sus ideales "cubalibres", en un espacio no mayor que un tabique para poder bailar muy pegaditos. "Cachao ha regresado con una venganza", escribió Cabrera Infante para presentar el disco compacto *¡Ahora sí!* Esa venganza, a qué dudar, es el cambio de *swing*, el regreso al viejo danzón.

Es posible que ésa fuera la melodía que Guillermo escuchaba antes de morir, que poco antes de que su corazón se detuviera escuchara la voz del locutor que decía: "Radio Habana Cuba, transmitiendo desde los estudios de Capitol en Los Ángeles... Cachao y su descarga... Mambo con mucho *swing*..." y a lo mejor pensó que era una sentencia exacta, porque después de todo La Habana estaba donde uno quisiera,

ésa era una de las cosas que él había conseguido en su prolongada lucha contra Fidel, el dictador, que La Habana, su ciudad, la ciudad de las mil columnas de Alejo Carpentier, apareciera en cualquier lado, en Miami, en Londres, en el centro de la Ciudad de México, en algún barrio de Madrid, en fin, en el sitio que uno quisiera, y no fuera más La Habana de un Infante difunto, sino la ciudad palpitante de la que hablan los boleros, los danzones y las guarachas, La Habana de los chicos que son de la loma tanto como de los que vienen de Nueva York. Fue entonces —pienso, intuyo, quiero suponer— que empezó a escuchar los primeros acordes de la pieza de Cachao, y le encantó el coro que decía y repetía "mambo cambió de *swing*", y la flauta, la indispensable flauta que da sentido al danzón, aparecía sobre el fondo y se imponía la trompeta con sordina. Él también cambiaría de *swing*, se dijo, una vez más, interminablemente cambiaría, ¿por qué no?, ¿si Cachao había creado el mambo y

había vuelto, ¡ahora sí!, con una nueva descarga, él podía irse con su descarga a la otra vida? Claro que podía, me digo. No sé siquiera si bailaba, pero decido imaginarlo doblando la rodilla izquierda, lo veo levantar el brazo diestro y colocar la mano a la altura del hombro o más arriba inclusive, para que Myriam, su compañera de toda la vida, venga a posar la suya ahí mismo, y él pueda tomarla por la cintura y con un golpe de tacón, un solo golpe de tacón, le indicara para dónde iban, y nosotros, los que estamos en el rincón oscuro del "choucito", quienes no nos cansaremos de leer sus *Tres tristes tigres*, gocemos del ritmo de su prosa. Quizás estaba en éstas —pienso— y se acordó a contramano de la frase que le sirvió de título para su último libro de ficción: *Delito por bailar el cha cha chá*, y se dijo y repitió como el coro de la música que estaba escuchando, *Guillermo cambió de swing*, y entonces, como Cachao que regresó con una venganza, su corazón dejó de latir. **U**